

Giovanni Arrighi
Una nueva crisis
General Capitalista

SÍNTOMAS DE LA CRISIS

Parece que no hay posible discusión sobre la realidad de la crisis.

A pesar de la general tendencia al descenso (o “lenta expansión”) de la producción, los precios siguen subiendo a un ritmo sin precedentes. Ante esta combinación de tendencia a la recesión e inflación —la llamada *stagflación*, fenómeno sustancialmente nuevo en la historia del capitalismo—, los diversos Estados nacionales parecen impotentes para impulsar la expansión y contener la inflación. En la medida limitada en que lo logren (como parece que lo ha logrado Estado Unidos, muy parcialmente), sólo es posible poniendo en dificultades a otras economías nacionales: no se trata, pues, de impulso de la expansión, sino de redistribución del peso de la crisis general.

Si 1971 marco un claro giro en las tendencias de capitalismo occidental, tal giro ya estaba latente tiempo atrás.

En Italia, según los cálculos de Sylos Labini, el índice de los beneficios brutos sobre la renta industrial descendió del 24 al 5% en 1960, al 18.1% en 1970, provocando un progresivo deterioro en las perspectivas de ganancias de las inversiones de los años 50 y comienzos de los 60, una serie de fases avanzadas (con la única excepción de Japón) y, desde finales de 1967 (devolución de la esterlina), asistimos a frecuentes e imprevistos brotes de crisis monetarias, que culminan dramáticamente en la crisis, como siempre lo es “la voz de su amo”.

INTERPRETACIONES DE LA CRISIS

En el seno del bloque dominante existen sustancialmente dos interpretaciones, expresión, como veremos, de intereses tácticamente contrapuestos.

La primera, la de la llamada “derecha económica”, concederá la conflictividad obrera como la causa última de la crisis de la economía italiana. El sistema no tiene capacidad de volver a establecer su equilibrio. Pero ¿por qué?, se pregunta un reciente editorial de *II Sole. 24 Ore*. “Inevitable la crisis?”, 1-III-1972. La respuesta, si exceptuamos el paréntesis final, se hace eco de temas queridos a *Potere Operaio* del viejo estilo: “Porque ha surgido

de él un importante elemento propio: el trabajo, que adopta una postura no ya partidaria con voz grave y digna, sino antagónica (pero ¿de qué, si no de sí mismo?).”

En realidad Italia sería un caso de “desequilibrio en el desequilibrio” (editorial del 18-III-1972): la causa del malestar general sería el fuerte impulso salarial que se manifestó en todos los países de la CEE en el trienio 1969-71. En Italia, donde se carece tanto de reglamentación de las relaciones sindicales como de socialización de los impuestos sociales, la comprensión de los márgenes de beneficio provocada por la conflictividad obrera ha sido mayor y la crisis más aguda.

A nivel internacional, la crisis también tiene otras causas (por ejemplo, las preocupaciones nacionales de orden político y social, que impiden proceder más rápidamente en la vía de la integración económica —siempre según el editorial de *II Sole. 24 Ore*, del 20 de febrero de 1972), y contribuye a agravar el estado de incertidumbre de los empresarios; pero la causa principal sigue siendo la conflictividad obrera.

La izquierda del bloque dominante no excluye la conflictividad obrera como una causa de la crisis. Pero sí niega que el aumento salarial sea de por sí un factor de crisis o que, en cualquier caso, la conflictividad obrera sea la causa primaria de la crisis.

Nuestra convicción, varias veces expresada —declara E. Scalfari en el *Espresso*: (“La crisis económica: chi ha colpito, quanto durará, 31-X-71) — es que es erróneo atribuir al aumento salarial de otoño del 69 y del primer semestre del 70 cualquier responsabilidad sobre lo que ha ocurrido posteriormente. Aquel aumento (es preciso recordarlo) provenía de dos o tres años de sustancial inmovilidad de los niveles retributivos en la industria [...] Su medida no es incompatible en absoluto con el grado de productividad del sistema y con sus capacidades de recuperación. Por otra parte, el aumento de los precios y del costo de la vida, particularmente sensible durante la primavera y verano del 69, tenía orígenes de naturaleza internacional y ya había agotado preventivamente buena parte de las mejoras contractuales obtenidas por los sindicatos en los meses siguientes. Por consiguiente, eliminamos la política salarial como causa primaria de la crisis.

Según esta interpretación, si no causa primaria, factor de crisis fue en todo caso la continuación de la conflictividad en las fábricas, una vez que se consiguió el aumento salarial. Eso impidió la reanudación de los ritmos productivos y la planificación de la actividad empresarial, volviendo a los empresarios “inseguros y temerosos” (E. Scalfari, “La ricetta dell` ultima ora”, *Espresso*, 10-X-71).

Sin embargo, en este análisis no está claro qué ha causado, a su vez un descenso tan general de la demanda. No obstante, por el griterío que Scalfari y otros intelectuales de la

alta burguesía hacen en torno a la cuestión del gasto público, parecería que la causa última de la crisis actual (al menos a nivel nacional), fuesen “errores” de política económica del gobierno. “Antes que nada, gastar: un billón para invertir lo más rápidamente posible”; esta es la conclusión de un “forum” de economistas organizado por el *Espresso* (coordinador, E. Scalfari-*Espresso*, 17 de diciembre de 1971).

Pero para que eso sea posible, es preciso que quien tenga la responsabilidad de gobernar, gobierne. Puede parecer una vieja banalidad, pero ése es el mal que nos aflige, y no solamente desde hoy. Ministros y presidentes del Consejo, agitados por las secretarías de partido; secretarios del partido en poder de dirigentes; industrias públicas reacias a las indicaciones del poder central; feudos económicos que ejercen presión sobre el Estado; consejos de administración que no toman una decisión, esperando recibir órdenes de grupos externos; [...] una proliferación incontenible de “cuerpos separados”, de rivalidades de casta, de intereses de sector, armados unos contra otros y de acuerdo entre sí únicamente en la operación sistemática de expoliación del interés general: ¿qué otro, sino éste, es el mal de que surge el país y del que está infectada la República?

¡O tempora, o mores!, clama el *Espresso* del 20-X-72. ¿Y el descenso de la demanda a nivel internacional? A nivel internacional, el problema es más grave: no es tanto el de un gobierno que no gobierna; el problema es que no hay gobierno. Scalfari, al comentar la agudización de una moneda europea, advertía:

No debemos olvidar que nuestro mecanismo monetario continental [...] almacena una masa inmóvil de cincuenta mil millones de eurodólares, capaz de hacer naufragar con sus movimientos toda decisión razonada y razonable. Para evitar ese peligro haría falta un verdadero gobierno europeo o, al menos, un Banco central europeo. El sistema no puede funcionar sin el nacimiento del superbanco y de su súper gobernador (“Piovono dollari”, *Espresso*. 19-III-72).

Siempre según Scalfari, a falta de un gobierno o por lo menos de un banco central supranacional, la crisis monetaria tiende a transformarse en financiera, comercial y económica.

La esencia de esta interpretación parece ser la siguiente: la causa fundamental de la crisis es la falta de instrumentos de política económica a nivel internacional y la ineficiencia de los instrumentos disponibles a nivel nacional.

La falta de instrumentos a nivel internacional se traduce en dificultades en la creación de medios de pago en medida suficiente para hacer frente a las crecientes exigencias del comercio internacional, dificultades que acaban repercutiendo sobre esto último,

provocando su desaceleración. De ahí la tendencia general al descenso de la demanda, tendencia agravada en el caso de Italia por la incapacidad del gobierno para gastar en el momento justo a fin de mantener la demanda interna a un nivel que permita la plena utilización de la capacidad productiva existente. Además, la conflictividad obrera agrava la situación, no tanto por los aumentos salariales que ha provocado, que han servido y sirven para mantener la demanda, sino por la inseguridad que provoca su duración en la programación de la utilización de las instalaciones y, en consecuencia, por el efecto negativo que ejerce sobre la demanda de nuevos medios de producción.

La tercera interpretación de la crisis es la del PCI, fuerza política aún no integrada en el bloque dominante. El PCI no niega la influencia negativa de los “errores” de la política gubernamental sobre la situación económica actual, pero indaga las causas últimas de la crisis en la estructura del capitalismo italiano.

No infravaloramos [...] las dificultades coyunturales que atraviesa la vida económica italiana, a causa de la responsabilidad y errores de la política económica y financiera de los gobiernos que han dirigido el país en los últimos años. Pero es evidente que la verdadera causa de la crisis es estructural. Deriva de las equivocaciones y limitaciones de fondo del sistema económico y del capitalismo italiano, de la encrucijada entre el viejo parasitismo de las posiciones de renta y el nuevo parasitismo de las posiciones monopolistas y del capital financiero. Obsérvese a este respecto la profunda conmoción producida en la estructura del capital financiero, con un proceso de funciones sin precedentes, cuya característica no es, sin embargo, encauzar nuevas inversiones y nuevos procesos productivos, sino la maniobra financiera y especulativa. De ese modo, el carácter parasitario y especulativo de una parte importante del capital italiano se consolida. Y, en nuestra opinión, de eso se derivan también la inutilización de los recursos y la insuficiencia de las inversiones, en un círculo vicioso que agrava y hace patológicamente aguda la crisis económica.

En síntesis, la interpretación que se desprende de eso es la siguiente: lo que impide una expansión simultánea de beneficios y salarios (comprendidos los llamados consumos sociales) y que por lo tanto provoca (agudizando, también, la conflictividad obrera) la desaceleración de la actividad productiva, es la relevante (y *creciente*) importancia que en la sociedad italiana tiene las rentas parasitarias. Por consiguiente, el relanzamiento de la producción presupone no tanto un aumento del gato o la represión de la conflictividad obrera, sino reformas de estructura que, incidiendo sobre las posiciones parasitarias, permiten aumentar los márgenes de beneficio y contener los brotes de lucha obrera y de

otros estratos populares. A nivel político, no es tanta cuestión de un gobierno que no gobierna o de fuerzas políticas paralizadas por cambios de corriente, sino de que la fuerza política hegemónica en la coalición gubernamental (la DC) es la manifestación predominante de aquellos intereses parasitarios que se verían dañados.

En la visión del PCI el parasitismo es también la causa última de la crisis a nivel internacional.

La economía internacional puede disponer [...] de una masa monetaria de dólares, adecuada a las crecientes dimensiones del comercio mundial [...] a medida que crecía la pasividad de la balanza de pagos estadounidense y que aumentaba el tributo pagado por los diversos países capitalistas para mantener la política imperialista de los Estados Unidos de América. Pero muy pronto [...] ese funcionamiento [...] “corredizo” del sistema monetario internacional [...] entra en crisis y comienza una creciente discusión sobre el papel desempeñado por el dólar a nivel internacional. En su actual situación, el dólar se revela efectivamente como un instrumento que permite a los Estados Unidos de América una continuada apropiación indebida con perjuicio de los restantes países, y por tanto como un factor de desorden y desequilibrio del sistema económico mundial.

[...] Estamos ante una aguda crisis del dólar, que si no se supera [...] provocará profundos trastornos en el sistema de intercambios y del comercio mundiales (E. Peggio, *Política ed Economía*, n. 4, agosto, 1971, p. 41).

En este caso, la superación de la crisis también presupone un ataque al parasitismo, esto es, a la hegemonía norteamericana a través de un amplio frente que una a Europa occidental con la oriental y los países subdesarrollados. En política internacional, este ataque exige el fin de la hegemonía de la DC sobre las fuerzas del gobierno responsable de la subordinación del capitalismo italiano al imperialismo norteamericano.

Resumiendo brevemente las tres interpretaciones examinadas, puede decirse que, en el “espejo deformante” del análisis burgués, la crisis aparece como el resultado de tres causas principales: la fuerza antagonista de la clase obrera, la inadecuación de las fuerzas políticas y/o gubernamentales, el parasitismo de amplios sectores del capital monopolista y del estrato medio improductivo.

En la interpretación de la derecha del bloque dominante, la causa principal de la crisis es el antagonismo de la clase obrera: la inadecuación de las fuerzas políticas y gubernamentales radica sobre todo en su incapacidad para reprimir tal antagonismo, dentro de límites compatibles con el funcionamiento “corredizo” de la acumulación. En la interpretación del PCI, la causa principal de la crisis es el parasitismo: la inadecuación de

las fuerzas políticas gubernamentales radica sobre todo en su incapacidad para reducirlo dentro de límites compatibles con el funcionamiento “corredizo” de la acumulación. Por último, en la interpretación de la izquierda del bloque dominante, no habría necesidad de atacar frontalmente a la clase obrera y a los estratos parasitarios, si las fuerzas políticas y gubernamentales llevaran a cabo funciones de regulación del ciclo económico que no surgen de la “administración ordinaria” (aumentos del gasto público en una fase de recesión económica)

Aparte de las diferencias, las tres interpretaciones tienen un elemento común de fondo: considerar que la tendencia a la crisis no es algo inherente a la acumulación capitalista (y, en cuanto tal, su componente ineliminable), sino una especie de “excrecencia”, debida a “errores” de política económica y social, o a causas accidentales que necesariamente no tienen nada que ver con el mecanismo fundamental de la acumulación capitalista.

ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y CRISIS

La historia del capitalismo nos muestra que la repetición periódica de la crisis no depende del hecho de que la clase obrera sea más o menos fuerte y combativa, ni de “errores” de política económica, ni tampoco de la existencia de “parasitismo” en la sociedad. La tendencia a la crisis está indisolublemente unida a la existencia misma del capitalismo: se debe a la contradicción entre el fin de la acumulación capitalista (la valorización del capital, la apropiación de plusvalía por parte del capital) y el medio a través del cual se persigue tal fin (la potenciación de la productividad social, el desarrollo del carácter social de la producción). La productividad social aumenta continuamente a través de una creciente cooperación, división y mecanización del trabajo, no para satisfacer las necesidades de los productores, sino para aumentar la cuota de producto social que no se paga a los trabajadores y que incrementa el capital.

Este proceso tiene un efecto contradictorio sobre las capacidades de consumo y de producción de la sociedad: mientras la segunda (cuyo crecimiento depende principalmente de la cuota de producto social que va a los capitalistas y que tiende a transformarse en medios de producción) tiende a expandirse, la primera (cuyo crecimiento depende principalmente de la cuota de producto social que va a los trabajadores y que tiende a transformarse en medios de consumo) tiende a contraerse.

Las mercancías producidas con los medios de producción en los cuales se han invertido el capital corren continuamente el riesgo de no venderse a causa de las restringidas

dimensiones del consumo sobre bases capitalistas. Así se dan las llamadas *crisis de realización*; la plusvalía deducida del trabajo e incorporada en las mercancías no se realiza; esto es, no se transforma en beneficio porque parte de aquellas mercancías no se venden o sólo puede venderse a precios tan bajos que reducen o anulan el beneficio. En este caso, la crisis se produce porque la tasa de explotación (la relación entre la cuota de producto social que queda en el trabajo) es “demasiado elevada” para permitir la realización de la plusvalía.

Si, en cambio, por cualquier razón, la tasa de explotación no aumenta y permanece constante (o incluso disminuye), la acumulación ya no tiende a chocar contra el límite de una base de consumo demasiado restringida, dado que los ingresos de los trabajadores aumentan en la misma proporción o en proporción mayor que la productividad. En este caso, el límite contra el que choca la acumulación es la *caída de la tasa de beneficio* (la relación entre beneficio y capital invertido). Una cuota constante (o peor aún, decreciente) del producto social es insuficiente para remunerar, con una tasa constante, la masa cada vez mayor de capital que los capitalistas tienden a invertir por unidad de producto: si la tasa de explotación permanece constante (o disminuye), la tasa de beneficio se reduce a medida que aumenta la intensidad de capital de la producción.¹ De esa manera tiende a producirse una disminución de la acumulación porque los capitalistas no reciben de sus inversiones la remuneración que esperaban. En este caso, la crisis sobreviene porque la tasa de explotación es “demasiado baja” para permitir una remuneración “adecuada” del capital.

En ambos casos, la crisis se manifiesta en una caída de la tasa de beneficio y en una sobreproducción de mercancías: en el primer caso (tasa de explotación demasiado elevada”) la tasa de beneficio cae porque hay sobre producción de mercancías y la plusvalía no se transforma enteramente en beneficio; en el segundo caso (tasa de explotación “demasiado baja”) hay sobreproducción porque la caída de la tasa de beneficio provoca menor demanda de medios de producción.

A pesar de su aparente semejanza, hay una importante diferencia entre las dos situaciones. En el primer caso, la sobreproducción (y la caída de la tasa de beneficio) es mayor en los sectores que producen bienes-salario (es decir, bienes consumidos para producir tales bienes: los capitales tienden, pues, a “emigrar” de estos sectores, y el

1 Si un producto de 100 se reparte en 50 de beneficios, la tasa de beneficio será del 10 por 100 ($50/500 \times 100$) si para producirlo se han empleado 500 de capital; pero si se han empleado 600 para producirlo, sólo será del 8.3 por 100 ($50/600 \times 100$). Para que la tasa de beneficio permanezca constantemente al 10 por 100 es preciso que la tasa de explotación aumente del 100 por 100 ($50/50 \times 100$) al 150 por 100 ($60/60 \times 100$).

producto social acaba conteniendo menor cantidad de estos bienes y mayor cantidad de bienes consumidos por la burguesía y estratos sociales improductivos. En el segundo caso ocurre lo contrario.

En otras palabras, habrá crisis tanto con una tasa de explotación “elevada” como con una “baja”. Pero el efecto último de la crisis será distinto en los dos casos: en el primer caso, su peso recaerá sobre todo en la clase obrera; en el segundo caso su peso recaerá sobre todo en la capital y estratos sociales improductivos. El análisis de los factores que determinan la tasa de explotación es, pues, importante para comprender no por qué ocurren las crisis, sino quién tenderá a pagarlas.

CONCENTRACIÓN DEL CAPITAL Y CRISIS

La tasa de explotación depende esencialmente de las relaciones de fuerza entre trabajo y capital. Un primer elemento que determina estas relaciones de fuerza es el grado de concentración del capital. El trabajador asalariado se encuentra, tanto en el momento de la venta de su fuerza de trabajo como en el de la adquisición de los medios necesarios a su propia subsistencia, frente a una clase que, al tener el monopolio de los medios de producción, trata con él desde una posición de fuerza. No obstante, esta fuerza está limitada por la competencia que los capitalistas se hacen entre sí.

Particularmente, la competencia tiende a contrastar el aumento de la tasa de beneficio y, por tanto, a hacer que las contradicciones de la acumulación capitalista se manifiesten principalmente en la caída de la tasa de beneficio. Esta tendencia puede ilustrarse con cuanto ocurrió durante la crisis general que sacudió al capitalismo, todavía predominante competitivo, a finales del siglo pasado (1873—96). Durante aquellas dos décadas no presentaron fuertes descensos las inversiones, la producción y la ocupación; más que otra cosa, tendían a reducirse en intensidad. Lo que cayó rápidamente fue el nivel de los precios, que tendía a reducirse mucho más rápidamente que el nivel de los salarios nominales. Los salarios reales (teniendo en cuenta el costo de la vida) tendían a aumentar, mientras que la tasa de beneficio caía continuamente.

Estas tendencias se explican, sobre todo, por el bajo nivel de concentración del capital y el fuerte impulso competitivo que caracteriza al capitalismo de aquella época. En tales condiciones, desde el punto de vista de la defensa de sus beneficios, al capitalista particular no le sirve reducir la producción y las inversiones con la esperanza de ver aparecer mejores precios, restringiendo la oferta. En efecto, el precio de mercado no se

regula por la oferta y por los costos de producción del capitalista particular, sino por la oferta *global* y por los costos *medios* de producción del sector, en el que cada capitalista, tomado individualmente, tiene poca influencia. El capitalista particular sólo podrá tratar de sobrevivir “obrando anticipadamente” sobre sus competidores, tanto reduciendo los precios (descargando así la sobreproducción en los demás), como innovando las técnicas de producción y rebajado sus propios costos medios (descargando así la caída de la tasa de beneficio en los demás).

Esta es la razón fundamental pro la que en un sistema fuertemente competitivo el salario no se ve atacado en dos frentes (ataque directo al salario y ataque a través del aumento de los precios): la crisis es el momento de tregua y de condiciones favorables al trabajo asalariado en el “frente de los precios”. Pero esto no es todo. Dada la limitada contracción de la actividad productiva, la crisis acentúa dramáticamente la menaza del paro y, por tanto, no aniquila las capacidades de defensa del trabajo en el “frente del salario”.

La competencia ente los capitalistas actúa, pues, como “defensa” del trabajo asalariado en los momentos de crisis: atenúa la tendencia al aumento de la tasa de explotación y a la sobreproducción y acentúa la tendencia a la caída de la tasa de beneficio. Sin embargo, tal “defensa” es algo que el progreso de la acumulación capitalista tiende a destruir. En efecto, la intensidad de la competencia, si prescindimos de sus fluctuaciones de periodo breve y medio (por el que, por ejemplo, tiende a aumentar cuando la tasa de beneficio disminuye), depende principalmente del nivel de concentración de capital que crece constantemente al progresar la acumulación capitalista.

La crisis es precisamente el momento en que la tendencia del capital a concentrarse cada vez más adquiere mayor fuerza, y esa “concentración forzosa” (la llamada centralización del capital) es el instrumento de superación de la crisis. El continuo descenso de la tasa de beneficio no actúa uniformemente sobre todos los capitalistas individuales: quien antes baje los precios y reduzca sus propios costos de producción podrá obtener efectivamente beneficios extra que le compensen la caída de la tasa media de beneficio, cuyos efectos negativos se concentrarán sobre quien sea más lento en reaccionar a las nuevas condiciones de mercado. Los primeros se robustecen; los segundos se debilitan y tienden a ser eliminados de la competencia. Los que siguen actuando producen a una escala más amplia que les confiere mayores posibilidades de nacionalización y mecanización del proceso productivo. De ese modo, vuelven a crearse los márgenes de beneficio que permiten la reactivación productiva. Normalmente, los capitalistas no esperan que este proceso sobrevenga “naturalmente”; tratan de anticiparlo con fusiones y absorciones de

otras empresas que los pongan en mejores condiciones para resistir al descenso de la tasa de beneficio.

De esa manera, la crisis de 18796 marcó la transición del capitalismo predominantemente competitivo a un capitalismo predominantemente monopolista y la destrucción de la “defensa” del trabajo asalariado por la crisis representada por la competencia entre los capitalistas. Cuando la tendencia a la sobreproducción y al descenso de la tasa de beneficio volvió a surgir en la primera mitad de este siglo, la “defensa” funcionó poco o no funcionó en absoluto.

Precisamente por la menor competencia y mayor concentración producidas pro la crisis de 1873-96 (y factores de su superación), los capitalistas individuales (frecuentemente monopolistas propiamente dichos), ya no reaccionaron a la caída de la tasa de beneficio y a la sobreproducción, reduciendo los precios: intentando desembarazarse de los bienes in vendidos y de la capacidad productiva inutilizada, reaccionaron con la reducción de la producción y las inversiones. Su influencia en el mercado era notable, y con estas medidas restrictivas de la oferta podía mantener los precios de mercado. A menudo iban más allá y aumentaban los precios para compensar la reducción de los beneficios provocada pro el descenso de la producción.

Los trabajadores asalariados no sólo se vieron atacados en dos frentes (el del salario y el de los precios); además se encontraron en una posición de extrema debilidad en la defensa del salario en el mercado de trabajo, a causa del grave desempleo provocado por la reducción de la producción. La tasa de explotación tendía a aumentar, y por ello la sobreproducción fue el aspecto predominante de la crisis que descargó toda su violencia en los años 30.

CONFLICTIVIDAD OBRERA Y CRISIS

Pero si la acumulación del capital tiende a destruir la “fuerza refleja” que la clase obrera extrae de un nivel bajo de concertación del capital, también tiende, no obstante, a incrementar continuamente la “fuerza autónoma” que la clase obrera extrae de un elevado nivel propio de concentración.

La acumulación del capital tiene un efecto contradictorio sobre el robustecimiento de la clase obrera. El proceso de acumulación del capital es al mismo tiempo un proceso de subordinación del trabajo al capital y un proceso de desarrollo del trabajo como fuerza antagónica del capital. Al desarrollo el carácter social de la producción, la acumulación

capitalista quita progresivamente al trabajador individual toda posibilidad de producir los medios necesarios para su propia subsistencia fuera del aparato productivo controlado por el capital. La fuerza contractual del trabajo, en cuanto conjunto de trabajadores individuales, tiende así a reducirse a medida que procesa la acumulación.

Sobre las cenizas de la fuerza contractual del trabajador individual se desarrolla la fuerza colectiva del trabajo. Al concentrarse y centralizarse, el capital concreta y centraliza a la clase obrera, desarrollando su solidez; al desarrollar la división del trabajo y la mecanización, destruye la profesionalidad nivelando a la clase obrera a igual grado de enajenación: de ese modo, se fortalecen la unidad y el antagonismo frente al capital.

Esta tendencia al progresivo robustecimiento de la clase obrera modifica la naturaleza de la crisis. En efecto, ésta tiende a contrastar la tendencia al aumento de la tasa de explotación y, según lo que acabamos de ver, a acentuar la tendencia a la caída de la tasa de beneficio y a atenuar la tendencia a la sobreproducción.

Sin embargo, el robustecimiento de la clase obrera y su efecto sobre la naturaleza de la crisis experimentó cierto retraso histórico respecto a la transformación del capitalismo de competitivo a monopolista. Puede considerarse que la fuerza contractual restante que el trabajo (en cuanto conjunto de trabajadores individuales) extraía de lo incompleto de su subordinación al capital, también contribuyó a contrastar la tendencia al aumento de la tasa de explotación durante la crisis de 1873-96. En aquel periodo, en estratos consistentes de trabajadores, todavía asistía la posibilidad (especialmente a través de la emigración) de producir los medios necesarios para su propia subsistencia fuera de la relación de trabajo asalariado. Los procesos de proletarización y de concentración “forzosa” del capital, favorecidos por la caída de los precios y de la tasa de beneficio, al reducir drásticamente la posibilidad de subsistencia fuera de la relación de trabajo asalariado, hicieron madurar la subordinación del trabajo al capital.

El ciclo de luchas obreras de los veinte primeros años de este siglo muestra que la mayor concentración del capital desarrollo la fuerza colectiva de la clase obrera. No obstante, este efecto se limitó por dos razones principales. Ante todo, la mayor concentración de capital no encauzó a menudo las transformaciones del ciclo productivo, sino que se utilizó sobre todo como instrumento de limitación de la competencia o bien tuvo un carácter especulativo-financiero. A la concentración de la propiedad y financiera correspondió una concentración productiva mucho menor, de tal modo que a la destrucción de la fuerza contractual que el trabajo asalariado extraía de la competencia entre capitalistas y de su incompleta subordinación al capital no correspondió, sino en medida limitada, el

desarrollo de su fuerza colectiva. Además, el antagonismo anticapitalista de sectores consistentes de la clase obrera se atenuó y desvió por el desarrollo en sentido nacionalista e imperialista del capitalismo en su fase monopolista.

Más adelante volveremos sobre este punto. Por el momento baste con señalar que durante toda una fase histórica (más o menos la primera mitad de este siglo), la acumulación capitalista se caracterizó por un desplazamiento de las relaciones de fuerza entre trabajo y capital a favor de este último, acentuando la tendencia al aumento de la tasa de explotación y, por tanto, a la sobreproducción. Únicamente con la segunda guerra mundial y sobre todo con la fuerte expansión industrial posbélica, el robustecimiento estructural de la clase obrera se convierte en la tendencia principal de la acumulación capitalista. De ese modo, en los últimos años, ese robustecimiento obstaculiza la tendencia al aumento a la tasa de explotación y hace surgir de nuevo la tendencia a la caída de la tasa de beneficio.

POLÍTICA ECONÓMICA Y CRISIS

Hemos visto que todas las interpretaciones burguesas de la crisis actual consideran el Estado como una especie de *deus ex machina* que podría conjurar el peligro de la crisis reprimiendo la conflictividad obrera, ampliando el gasto público, realizando reformas estructurales que afecten al parasitismo escondido en los pliegues de la sociedad capitalista. Olvidan (no podía ser de otro modo) que el Estado es un producto de las contradicciones de la sociedad capitalista y que su capacidad de incidir sobre ellas no es ilimitada, sino que está fuertemente condicionada por las mismas contradicciones sobre las que intenta actuar.

Ante todo, si la causa de la crisis es el carácter contradictorio fundamental de la acumulación del capital (la contradicción entre su fin —el desarrollo del carácter social de la producción—), y no “imperfecciones o aspectos accesorios o secundarios”, la intervención del Estado no puede eliminar la tendencia a la crisis, a menos que se piense que el Estado burgués pueda plantearse como objetivo la eliminación de la burguesía. El Estado burgués sólo puede dirigir el proceso de acumulación, regulando el desarrollo de sus contradicciones de manera que medie entre los diversos intereses presentes en el seno de la burguesía y sobre todo de manera que custodie los intereses globales.

Si la tendencia a la crisis nace de una tasa de explotación tan elevada que no permita la realización de la plusvalía, el Estado tenderá con su intervención a incrementar las

capacidades de consumo de la sociedad. No obstante, esta acción tiene límites muy concretos. Ante todo, su intervención no debe causar un mal pero que el que pretende curar: al crear condiciones favorables a la realización de plusvalía no debe provocar un empeoramiento de las condiciones de producción de la plusvalía. Por ejemplo, si la intervención del Estado hubiera tratado de contrastar la fuerte tendencia a la sobreproducción en la crisis de los años 30, con una fuerte redistribución similar del producto social a favor de la clase obrera (esto es, a través de una reducción de la tasa de explotación), eso habría atenuado el estímulo, representado por la necesidad, que obliga a la clase obrera tanto a la venta de la fuerza de trabajo como a la subordinación a la fábrica. De ese modo, a las dificultades en la explotación del trabajo, y la situación de la crisis se habría seguido gravando.

Fue principalmente por esta razón por lo que el Estado amplió la base de consumo improductivo (gastos militares, ampliación de la burocracia estatal y paraestatal, mantenimiento y defensa de ingresos “parasitarios” como renta e interés, etcétera): una redistribución de la plusvalía que permitía su realización sin empeorar las condiciones de su producción.

Pero la ampliación de la base de consumo de la sociedad, incluso cuando se encauza a través de la expansión de consumo improductivo, acaba desplazando las relaciones de fuerza entre trabajo y capital a favor del primero. Con el mejoramiento de las condiciones de realización de la plusvalía se reactivan la producción y el empleo, y la amenaza del desempleo presiona menos a la clase obrera. Éste es un efecto de tipo cíclico que el Estado puede reducir mediante una maniobra deflacionista (limitación crediticia, reducción del gasto, etcétera). Pero el Estado es importante ante el robustecimiento tendencial de la clase obrera que es inherente a la acumulación capitalista. La ampliación del mercado ligada a la expansión del consumo improductivo favorece la expansión de la gran industria: de ese modo, madura el proceso de creciente concentración y nivelación de la clase obrera que desarrolla su fuerza colectiva y el antagonismo respecto al capital. En la medida en que la acción del Estado favorece la acumulación del capital, también favorece, aunque involuntariamente, el desplazamiento de las relaciones de fuerza a favor de la clase obrera.

Treinta años de intervención del Estado en las economías de capitalismo avanzado con el fin de contrastar la tendencia a la sobreproducción no han eliminado la tendencia a la crisis; sólo han conseguido que el aspecto principal de la crisis sea hoy la caída de la tasa de beneficio.

Bajo algunos aspectos, la actual crisis presenta características análogas a la gran crisis de

finales del siglo pasado: tendencia a la restricción de la producción, inversiones y empleo; tendencia al aumento de salarios reales; tendencia a la caída del índice de beneficio. Sin embargo, ya no se trata de “stag-deflación” (restricción acompañada de la caída de los precios y salarios nominales), sino de “stag-deflación” (reducción acompañada del aumento de los precios y salarios nominales). Las semejanzas entre las dos crisis se daban a que ambas (contrariamente a la de la primera mitad de este siglo) tienen origen en dificultades que se interponen al aumento de la tasa de explotación. En cambio, la diferencia se debe al hecho de que las causas de estas dificultades son profundamente diferentes en los dos casos: en la crisis de finales del siglo pasado se debían a la baja concentración del capital y a la incompleta subordinación del trabajo al capital (índices de inmadurez del capitalismo); en la actual crisis se deben a la fuerza colectiva que la acumulación del capital ha desarrollado en la clase obrera (índice de madurez del capitalismo).

Hoy, como en el pasado, la crisis es inevitable; lo que no es inevitable es que la clase obrera tenga que soportar su peso, como en los años 30.

MERCADO MUNDIAL Y CRISIS

Hemos visto cómo el capital, a través de la intervención del Estado, promueve una redistribución de la plusvalía a favor de la expansión de los consumos improductivos, con el fin de contrastar la tendencia a la sobreproducción. A medida que las relaciones de fuerza entre capital y trabajo se desplazan a favor del segundo, incidiendo sobre la tasa de beneficio, el capital se ve empujado a reabsorber estos ingresos “parasitarios” dentro del beneficio.

Por la caída de la tasa de beneficio también impulsa al capital a descentralizar la producción en sus puntos de mayor fuerza, es decir, en aquellas situaciones nacionales (y regionales) donde la presión del ejército obrero de reserva (la amenaza del desempleo y del subempleo) sobre la clase obrera es mayor y por tanto permite una mayor explotación de la fuerza de trabajo. Esta descentralización requiere ingentes transferencias de capital hacia las áreas “subdesarrolladas”, para financiar la adquisición de medios de producción tecnológicamente avanzados que, al combinarse con fuerza de trabajo a menor costo, tiene dos efectos; por un lado, permite al capital invertido de ese modo obtener beneficios más elevados que en las áreas desarrolladas; por otro lado, permite la producción de bienes salario y medios de producción a un costo más bajo.

En ambos casos, la tasa de beneficio medio se eleva: en el primer caso, el efecto es inmediato y directo; en el segundo, la tasa de beneficio se eleva en las áreas desarrolladas en la medida en que mercancías a menor precio se importan y entran en el proceso productivo (directa o indirectamente) bajando los costos de producción.

El desarrollo del comercio internacional, acompañado y favorecido por una descentralización de las inversiones productivas, permite sustancialmente “diluir” el producto social de un país o región donde las relaciones de fuerza son relativamente más favorables al trabajo, contrastando así la caída de la tasa de beneficio.

La descentralización productiva hace que la tendencia a la reducción en las áreas capitalistas más avanzadas vaya acompañada de una tendencia a la aceleración de la acumulación en las áreas menos avanzadas. El fortalecimiento de la clase obrera tiende, pues, a ser mayor en estas áreas tanto por el aumento de su consistencia numérica como por el grado de concentración y homogeneidad (a igual nivel de no cualificación) que la clase obrera adquiere *inmediatamente* con la introducción de medios de producción de tecnología avanzada.

Esto no comporta un debilitamiento de la clase obrera en sus puntos más avanzados. Es cierto que la descentralización productiva incide sobre algunos sectores de la clase obrera (como ocurre con la descentralización hacia las áreas subdesarrolladas de la industria textil) y tiende a engrosar el ejército obrero de reserva en las áreas de capitalismo avanzado. Pero la descentralización productiva introduce tendencias de signo opuesto que contrastan el debilitamiento de las capacidades de resistencia al aumento de la tasa de explotación por parte de la clase obrera de las áreas de capitalismo más avanzado.

Ante todo, los medios de producción que se combinan con la fuerza de trabajo de las áreas subdesarrolladas tienden a producirse en gran parte en las áreas desarrolladas, manteniendo la demanda y los niveles de ocupación. Este efecto no es necesariamente temporal, es decir, no está destinado a durar sólo hasta que se produzcan los medios de producción necesarios a la “descapitalización” de la acumulación capitalista en las áreas relativamente subdesarrolladas: en la medida en que esta acumulación del mercado en los países de capitalismo avanzado.

Pero más importante que este fortalecimiento cuantitativo es el fortalecimiento cualitativo de la clase obrera de las áreas de capitalismo avanzado, que se deriva de la división social cada vez mayor del trabajo, ligada a la ampliación del mercado mundial y al desarrollo del comercio internacional. Por un lado, las importaciones de mercancías de las áreas relativamente subdesarrolladas, donde las relaciones de fuerza entre trabajo y

capital son más favorables a este último, estimulan procesos de reestructuración del capital que aumentan el grado de concentración, división y mecanización del trabajo. Por otro lado, la posibilidad que los grandes complejos industriales tienen de descentralizar la producción a escala internacional (y, por tanto, de compensar la caída de la tasa de beneficio en una nación con tasas de beneficio más elevadas en otras naciones) los rubostece financiera y económicamente respecto a los complejos de menores dimensiones que sólo pueden operar a escala nacional; este hecho también refuerza la tendencia a la concentración en las áreas de capitalismo avanzado.

La fuerza estructural que la clase obrera ha alcanzado en sus puntos de mayor desarrollo no tiende a reducirse, entonces, por la descentralización productiva que se desarrolla con la caída tendencial de la tasa de beneficio; la tendencia principal que pone en movimiento es el desarrollo acelerado del proletariado industrial en las áreas relativamente atrasadas. Habrá que preguntarse cómo es posible que eso ocurra cuando la experiencia de los últimos cincuenta años muestra una clara tendencia al “desarrollo del subdesarrollo”, esto es, a la centralización de la producción en las áreas de capitalismo avanzado. Para comprender como es posible que esto ocurra es necesario volver a referirse a la experiencia de la crisis general de 1873-96, ver por qué ésta acabó provocando la espiral del subdesarrollo en amplias áreas del mundo y por qué hoy las condiciones que favorecieron aquel resultado de la crisis han cambiado.

Aquella crisis, caracterizada, como hemos visto, por la caída de la tasa de beneficio más que por el descenso del nivel de empleo y de los salarios reales, también se caracterizó por una descentralización productiva según el mecanismo que antes describimos. Las áreas de capitalismo más avanzado aumentaron considerablemente sus importaciones de mercancías y sus exportaciones de medios de producción y de capitales, favoreciendo la acumulación en las áreas relativamente menos avanzadas. Así que la crisis general fue un periodo de acumulación acelerada en países como Estados Unidos y Alemania (donde las fuerzas productivas aún estaban en un grado de desarrollo bajo, con respecto a Inglaterra), y de “decapitación” capitalista en una serie de países como Italia, Japón, Rusia y otros.

Sin embargo esta tendencia se interrumpe en un punto determinado: el aumento de la tasa de explotación provocado por la misma crisis acentuó la tendencia a la sobreproducción que transformó progresivamente las relaciones entre las burguesías nacionales, frenando el incremento de las importaciones en las áreas de capitalismo avanzado y las exportaciones de capital hacia las áreas subdesarrolladas. ¡En cambio, estas últimas terminaron siendo exportadoras de capital! Efectivamente, cuando la tasa de

beneficio cae no por que la tasa de explotación “adecuada” del capital, sino porque es demasiado elevada para permitir la realización de plusvalía, la tendencia principal no es de descentralización de la producción en los puntos de menor desarrollo del trabajo asalariado (donde las dificultades de realización de plusvalía son mayores), sino de su centralización en los puntos de mayor desarrollo de trabajo asalariado (donde tales dificultades son menores).

Además, la tendencia a la sobreproducción reforzaba una serie de obstáculos que interferían con la descentralización de la acumulación hacia las áreas relativamente subdesarrolladas. En primer lugar, en muchas de estas áreas la acumulación capitalista encontraba un especial obstáculo en el hecho de que el proceso de acumulación originaria (esto es, el proceso que a través de la separación de los productores de los medios de producción crea simultáneamente proletariado —la clase de los que solo tienen su fuerza de trabajo para vender— y burguesía —la clase que al tener el monopolio de los medios de producción está en condiciones de extraer plusvalía de la fuerza de trabajo en los proletarios—) apenas se iniciaban o era incompleto en gran medida. La ausencia o debilidad de una burguesía local en general no representaba un problema, dado que la “empresarialidad” capitalista también se “importaba” de las áreas de capitalismo avanzado: grandes complejos monopolistas, que se formaban o consolidaban con la crisis, grupos empresariales formados *ad hoc* por la iniciativa del capital financiero, robustecido éste también por la crisis, y una mirada de pequeños y muy pequeños empresarios para los cuales la profesión de explotador se habría vuelto más ardua en su país por la caída de la tasa de beneficio.

Por un lado, el problema era resistencia que las clases dominantes de la sociedad preburguesa ofrecían a la penetración capitalista, el verse amenazadas por ella; por otro, era un problema de encontrar fuerza de trabajo con características de continuidad de prestaciones y cualidades profesionales que permitieran una tasa de explotación más elevada de la que era posible en las áreas de capitalismo avanzado. En efecto, el trabajo al no estar separado aún (sino parcialmente) de los medios de producción, vendía su fuerza de trabajo de modo discontinuo, utilizando el resto en la producción “directa” de una parte de los medios de subsistencia. La escasez de fuerza de trabajo era más acentuada para la fuerza de trabajo con ciertas características de profesionalidad. La producción capitalista exigía tal fuerza de trabajo en gran cantidad; en las áreas subdesarrolladas era difícilmente encontrable no sólo por el atraso del proceso de proletarización, sino, en general, también por el bajo nivel de desarrollo de la división social del trabajo en las sociedades

preburguesas.

En conclusión, puesto que a finales del siglo pasado el trabajo extraía su capacidad de resistencia al aumento de la tasa de explotación de la inmadurez del capitalismo, tal capacidad de resistencia era frecuentemente mayor precisamente donde el capitalismo era más inmaduro. La tendencia a la descentralización de la acumulación, producida por la caída de la tasa de beneficio, se daba, pues, en las áreas relativamente subdesarrolladas con relaciones de fuerza entre trabajo y capital iguales o aún más desfavorables al capital que las existentes en las áreas de capitalismo avanzado.

A medida que la caída de la tasa de beneficio se traducía en una mayor concentración propietaria y financiera del capital y esta mayor concentración en una limitación de competencia en políticas restrictivas de la producción, tales dificultades tendían a agudizarse. De hecho, la anterior caída fuerte de los precios de las mercancías producidas en las áreas de capitalismo avanzado y exportadas a las áreas subdesarrolladas favorecía en estas últimas la proletarización de los pequeños productores que no podían dominar la competencia de estas mercancías. Pero en la medida en que las políticas restrictivas de la competencia, posibilitadas por la mayor concentración del capital, frenaron la caída de los precios, el mecanismo de continua expansión del ejército obrero de reserva en las áreas subdesarrolladas dejó de funcionar (o sólo funcionó parcialmente), y las dificultades para encontrar fuerza de trabajo tendieron a aumentar. Al desarrollarse una tendencia general a la sobreproducción, la descentralización de la acumulación se daba en las áreas subdesarrolladas cada vez con mayores dificultades no sólo de realización, sino también de producción de plusvalía.

También provenían resistencias a la descentralización de la producción de sectores de la burguesía tanto de las áreas subdesarrolladas como las desarrolladas. En las áreas subdesarrolladas donde existía o se desarrollaba una burguesía nacional, ésta no era un seguro “aliado” de la penetración capitalista. Al contrario, la apertura a las corrientes de intercambio internacional y a la importación de capital era normalmente en sus amplios sectores un momento de subordinación económica y financiera a las burguesías de las áreas de capitalismo más avanzado. Efectivamente, en los sectores en los que las áreas subdesarrolladas no presentaban particulares ventajas naturales (en general, producción de ciertas materias primas, agrícolas y minerales), las burguesías de estas áreas eran competitivamente más débiles y se veían atacadas por las importaciones o por la producción in loco de capitalistas extranjeros. La acumulación, incluso cuando se producía en sectores en que no operaba la burguesía local, al aumentar la demanda de fuerza de

trabajo, provocaba un desplazamiento de las relaciones de fuerza a favor del trabajo que seguía debilitando a la burguesía local.

También surgían resistencias a la descentralización de la acumulación en el seno de las burguesías nacionales más avanzadas.

De hecho, sus sectores más atrasados también se veían duramente sacudidos (especialmente en una fase de caída de la tasa de beneficio) por la competencia de mercancías provenientes de países relativamente más atrasados que, por condiciones naturales o por condiciones creadas por el capital, eran más competitivas que las que ellos producían. Luego, a medida que se desarrollaba la tendencia a la sobreproducción, esa resistencia se extendía a sectores cada vez más amplios de la burguesía de las áreas capitalistas más avanzadas.

Estos obstáculos y resistencias dieron un fuerte impulso al colonialismo y al proteccionismo por parte de las burguesías relativamente avanzadas que, a su vez, llevaron a la ruptura de la unidad del mercado mundial, acabando por agravar la tendencia a la sobreproducción. El colonialismo nació de la necesidad de las burguesías relativamente avanzadas de acelerar, a través del dominio político directo, los tiempos de la acumulación originaria en las áreas subdesarrolladas, de acapararlas para su propia explotación exclusiva y romper la resistencia de las burguesías nacionales o de las clases dominantes de las sociedades preburguesas a la penetración capitalista. Por otra parte, el proteccionismo se desarrolló como exigencia de aquellas burguesías nacionales de un nivel intermedio de desarrollo, en las cuales los sectores competitivamente débiles a nivel internacional tenían suficiente peso político a nivel nacional como para imponer al propio Estado la protección de la competencia exterior. Como reacción a este proteccionismo y a la creciente tendencia a la sobreproducción, las burguesías nacionales más avanzadas también terminaron por recurrir al proteccionismo, que de ese modo se convirtió en norma general en las relaciones económicas entre los Estados burgueses.

Al no ser sino la proyección a nivel de relaciones internacionales de la política monopolista de mantenimiento de precios y beneficios a través de la restricción de la expansión productiva, proteccionismo y colonialismo contribuyen a debilitar las capacidades de resistencia de la clase obrera al aumento de la tasa de explotación y terminan acentuando la tendencia a la sobreproducción. Esto, sin embargo, no lo hacen de modo uniforme: las primeras burguesías que se protegen de la competencia exterior, tienden a descargar la caída de la tasa de beneficio y la sobreproducción en las otras

burguesías, mientras las relaciones coloniales o semicoloniales permiten descargar sobreproducción y caída de la tasa de beneficio en las burguesías y pequeños productores de las áreas colonizadas. Proteccionismo y colonialismo son, pues, instrumentos de las burguesías nacionales con un grado de desarrollo intermedio o avanzado, para acentuar la tendencia a la centralización de la acumulación, que, como hemos visto, se desarrolla espontáneamente al generalizarse la sobreproducción.

El proteccionismo y el colonialismo tienden a desplazar la competencia del plano de las relaciones entre capitalistas en el mercado, al plano de las relaciones Estados burgueses. Por consiguiente, agudizan los conflictos entre Estados y las burguesías de nacionalidad distinta y tienden a hacerlos las burguesías de nacionalidad distinta y tienden a hacerlos desembocar en luchas ínter imperialistas (esto es, entre burguesías nacionales avanzadas en competencia recíproca por el reparto del mundo relativamente subdesarrollado) y en guerras imperialistas y de liberación nacional (es decir, burguesías imperialistas por un lado y clases dominantes y subalternas de países relativamente atrasados por otro, por el poder político en esos países). Las guerras, que son a un tiempo causa y efecto del desarrollo del consumo improductivo de que ya hemos hablado, contrastan la tendencia a la sobreproducción no sólo local o temporalmente, como hacen el proteccionismo y el colonialismo, sino estructuralmente. De hecho, son un poderoso estímulo para la transformación de la concentración del capital de concentración propietario-financiera a concentración productiva que, como hemos visto, está en la base del desplazamiento de las relaciones de fuerza entre capital y trabajo a favor de este último y, por tanto, de la superación de la sobreproducción como tendencia principal de la acumulación capitalista.

Cuando se crea esta nueva situación, las burguesías de los países capitalistas más avanzados se ven empujadas a superar y a hacer superar a las otras burguesías el proteccionismo, el colonialismo y, en general, toda forma de restricción de la movilidad de mercancías y capitales, en cuanto que su exigencia primaria es cada vez más la descentralización de la acumulación hacia áreas en las que las relaciones de fuerza son más favorables al capital. Además, por lo que respecta al colonialismo, el impulso decisivo a su superación proviene de las guerras de liberación nacional que se desarrollan bajo la propagación de las guerras ínter imperialistas.

Éstas, actuando como poderosas contra tendencias a la sobreproducción, provocan un fuerte desarrollo de las fuerzas productivas en los países coloniales y semicoloniales. Esto se traduce en una acentuación progresiva de los conflictos entre las burguesías colonialistas, por un lado, y las burguesías coloniales emergentes (en alianza con las clases

subalternas) por otro. A medida que (con el cese de las hostilidades y tras breves periodos de reconstrucción en los centros imperialistas) tal desarrollo tiende a reducirse, vuelve a tomar fuerza la tendencia a la centralización de la acumulación en la áreas de capitalismo avanzado.

De ese modo después de la segunda guerra mundial se inicia la progresiva superación de las diversas formas de restricción de la movilidad internacional de las mercancías y de los capitales que, por espacio de veinte años, crearon condiciones particularmente favorables a la acumulación capitalista a escala mundial y, también a su parcial descentralización (de Estados Unidos de Inglaterra, a Europa continental a Japón, a Sudáfrica y a otros países con un grado más bajo de desarrollo continuó operando el mecanismo del subdesarrollo). Como hemos visto, esta acumulación acelerada siguió desplazando las relaciones de fuerza entre capital y trabajo a favor de este último, acentuando la tendencia a la caída de la tasa de beneficio y provocando así la crisis actual.

Hoy, al igual que hace cien años, el capital está en una encrucijada: ¿Terminará bajo la presión de la caída de la tasa de beneficio, como hace cien años, rompiendo la unidad del mercado mundial con viejas y nuevas formas de proteccionismo, con un fuerte desplazamiento (aunque sea temporal) de las relaciones de fuerza entre trabajo y capital a favor del segundo, con la agudización de los conflictos entre burguesías de distintas nacionalidades? ¿O, en cambio, desembocará en la vía del posterior robustecimiento de la unidad del mercado mundial, de una aceleración de la descentralización de la acumulación capitalista (acelerando así el desarrollo de un proletariado industrial en países como Brasil, Argentina, India, etcétera), de un ulterior robustecimiento del trabajo respecto al capital, y ligado a esto, de una agudización del choque entre las dos clases?

El análisis de las actuales tendencias a nivel estructural muestra que el capital sólo puede desembocar (aunque sea de modo no lineal) en la segunda vía. La razón fundamental es la fuerza estructural que la acumulación capitalista ha desarrollado en la clase obrera; es una fuerza que, contrariamente a la de finales del siglo pasado, es el resultado de la acumulación capitalista, y no el residuo de una época anterior. Por tanto, la acumulación no puede destruirla, sino únicamente aumentarla; esto es un obstáculo poderoso para que resurja la tendencia a la sobreproducción con la intensidad característica de la primera mitad de este siglo. En consecuencia, el impulso al proteccionismo y al colonialismo es mucho menos acentuado respecto a finales del siglo pasado.

En segundo lugar, se han desplazado las resistencias y obstáculos a la descentralización de la acumulación capitalista. El proceso de “acumulación originaria” puede considerarse

sustancialmente completo, incluso en las áreas capitalistas más atrasadas, a causa del empobrecimiento (a menudo absoluto, y no sólo relativo) que les ha reportado “el desarrollo del subdesarrollo”. Además, este amplio ejército obrero de reserva puede utilizarse con menores problemas de cualidades de prestaciones a causa de la menor exigencia de profesionalidad por parte de las modernas técnicas de producción.

Las viejas clases dominantes, donde no hay sido eliminadas por la penetración capitalista, y las burguesías nacionales allí donde se han desarrollado mínimamente, viven ya en una relación de sustancial subordinación a la gran industria que programa y organiza el proceso productivo a escala internacional. Estos mismos complejos industriales son políticamente dominantes en los países de capitalismo avanzado y, en cualquier caso, están en condiciones de contener todo impulso nacionalista que pueda provenir de los sectores más atrasados de sus burguesías nacionales.

La segunda de los dos “vías” ante las que se encuentra el capital, no es tan absurda como hace cien años, y el capital, de grado o por fuerza, se ve empujado a entrar en ella por sus mismas necesidades. Esto no quiere decir que no habrá tendencias a la sobreproducción, al proteccionismo y a otras manifestaciones ínter imperialistas de conflicto. Tal como hemos dicho desde el comienzo, sobreproducción y caída de la tasa de beneficio siempre están indisolublemente ligadas entre sí, y los últimos desarrollos en las relaciones entre los estados imperialistas muestran que los conflictos entre burguesías de distintas nacionalidades no son solamente cosas del pasado. Todo esto quiere decir simplemente que, a pesar de las aparentes semejanzas entre la actual crisis y la de finales del siglo pasado, el resultado de la crisis tenderá a ser sustancialmente distinto: no la acentuación de la tendencia a la sobreproducción, a la guerra imperialista, sino al robustecimiento de la clase obrera, la descentralización de la acumulación y la agudización del choque entre trabajo y capital.

CRISIS ECONÓMICA Y CRISIS POLÍTICA

Hemos visto que, ante el robustecimiento estructural de la clase obrera, el capital tiende a concentrarse y centralizarse cada vez más para volver a crear los márgenes de plusvalía a través de un aumento de la productividad; a extender sobre el plano social los procesos de reestructuración para reabsorber en el beneficio aquellos consumos improductivos que había desarrollado en una fase precedente, y finalmente, a descentralizar la producción donde las relaciones fuerza de trabajo-capital le sean más favorables.

Estas tendencias agudizan las contradicciones en el seno del capital e intensifican la lucha por el poder político entre sus varias facciones. Efectivamente, el aparato de Estado es el instrumento fundamental para retrasar o anticipar las tendencias y los diversos sectores del capital, que al verse sacudidos de distinta manera por tales tendencias, están naturalmente divididos sobre la utilización de estos instrumentos.

Los sectores relativamente atrasados del capital reivindicarán una intervención del Estado que los proteja de las consecuencias de la caída de la tasa de beneficio: una intervención que los proteja de la competencia de los sectores más avanzados o que los apoye en tal competencia; una intervención que oriente la reestructuración en el plano social, no contra ellos (como es natural que suceda), sino lo más posible en su favor (lo que también puede significar la abstención del Estado de toda acción reformadora); una intervención que frene, o por lo menos que no alimente, la descentralización productiva en los puntos de menor fuerza del proletariado, porque, en general, la existencia de tales puntos es una condición que permite a los sectores más atrasados del capital sobrevivir a la competencia de los sectores más avanzados. La descentralización de la producción por parte de los sectores avanzados del capital también les permite, por un lado, aprovecharse de los puntos de debilidad del proletariado y, por otro lado, tiende a eliminar tales puntos, aumentando la ocupación, la concentración y la homogeneidad de la fuerza de trabajo.

Por otra parte, los sectores relativamente avanzados del capital reivindicarán una intervención del Estado que sostenga tendencias provocadas por la caída de la tasa de beneficio. En particular, exigirán que el Estado no interfiera en la acción de la competencia, sino que participe activamente en los procesos de reestructuración en el plano social y en la creación de condiciones favorables para la descentralización de la producción hacia puntos de menor fuerza del proletariado.

Estas dos líneas tienen implicaciones que superan los contenidos política que explícitamente plantean. En efecto, implican distintas posiciones sobre el papel del Estado organizado sobre bases nacionales mientras la línea de los sectores avanzados implica una reducción propia en beneficio de organismos estatales supranacionales por un lado, y de organismos descentralizados a nivel regional por otro, la línea de los sectores relativamente atrasados implica una defensa suya frente a los ataques que les dirige el progreso de la gran industria capitalista.

El fuerte aumento del grado de concentración y centralización del capital y la tendencia a la descentralización productiva que acompañan a la acentuación de la caída tendencial de la tasa de ganancia, hacen que el Estado organizado sobre bases nacionales sea un

obstáculo para la acción de la competencia (que, en las nuevas condiciones de concentración del capital sólo puede operar a escala internacional), mientras reducen su eficacia en cuanto instrumentos de regulación de la acumulación (dada la creciente interdependencia de las varias economías nacionales). Al mismo tiempo, la organización del Estado a escala nacional no responde a los requisitos de elasticidad y ductilidad exigidos al aparato estatal para que se haga promotor de la reestructuración capitalista en el plano social.

El choque entre las dos líneas del capital no se refiere, pues, solamente a la línea política que debe guiar la acción del aparato estatal, sino también a la clase obrera. La línea de los sectores avanzados del capital que reivindica el mínimo de interferencias del Estado en la competencia, y el máximo de intervención del Estado en favorecer la reestructuración en el plano social y la descentralización productiva, reivindica también una superación tendencial de la organización estatal sobre bases nacionales y su desarrollo sobre bases multinacionales y regionales; en cambio, la línea de los sectores relativamente atrasados del capital, reivindica la propia protección de la competencia y el mínimo de intervención del Estado en favorecer la reestructuración productiva, reivindica también el mantenimiento de la organización estatal sobre bases nacionales.

Estas divisiones en el seno del capital se refieren a la utilización a la reestructuración del aparato estatal, con el fin de robustecer ciertas tendencias a la caída de la tasa de ganancia. Se refieren, pues, a los paliativos necesarios para aliviar la enfermedad, antes que a la medicación necesaria para curarla. Para curar la enfermedad, es necesario afrontar el problema en la raíz de la caída de la tasa de ganancia; o sea, es preciso actuar sobre su causa (la fuerza estructural de la clase obrera), antes que tratar de controlar sus efectos.

De modo claro, no hay divergencias estratégicas dentro del capital sobre la necesidad de reducir la fuerza estructural que la acumulación desarrolla en la clase obrera. Sin embargo, siempre existen diferencias sobre cuál sea la mejor táctica para alcanzar ese objetivo estratégico.

Al ser los más duramente sacudidos por la caída de la tasa de beneficio, los sectores atrasados del capital tienden a reivindicar la táctica relativamente inmediata. En general, están a favor del choque frontal, más o menos a todos los niveles. A nivel de política económica reivindican una política deflacionista, esto es, de contención del gasto público y de la demanda en general, con el fin de debilitar a la clase obrera, aumentando los niveles de desempleo y subempleo.

A nivel de política sindical, tienden a reivindicar una línea de relativa intransigencia y de

intervención más o menos masiva del aparato represivo del Estado (legislativo, ejecutivo, judicial) en la regulación de las relaciones entre trabajo y capital en la producción.

Por otra parte, los sectores avanzados del capital, al verse menos duramente afectados por la caída de la tasa de beneficio (por el contrario, aprovechándose de ello en cierta medida, como veremos en seguida), tienden a reivindicar una táctica, menos inmediata, una táctica que permita rodear el obstáculo en vez de chocar con él frontalmente. A nivel de política económica, reivindicán generalmente una política inflacionista, es decir, de expansión de la demanda, para crear condiciones favorables a la reabsorción, a través del aumento de precios, de una parte de las concesiones hechas a la clase obrera en los lugares de producción.

Ninguna de las dos líneas puede eliminar la tendencia a la crisis: pero la afirmación de una línea en vez de otra incide sobre la naturaleza de la crisis. Si se afirma la línea de los sectores avanzados del capital, los niveles de ocupación tenderán a ser elevados, y la caída de la tasa de beneficio continuará debiéndose principalmente a la fuerza estructural de la clase obrera. En cambio, si se afirma la línea de los sectores atrasados del capital, los niveles de ocupación tenderán a contraerse, la fuerza estructural de la clase obrera se reducirá temporalmente a las dificultades de realización de plusvalía se acentuarán, causando no solamente una agravación de la crisis, sino también una transformación en su *naturaleza* (caída de la tasa de beneficio, debida no ya tanto o principalmente a la dificultad de aumentar la tasa de explotación, sino a las dificultades de realización de la plusvalía).

Las divergencias en cuanto a línea en el seno del capital se explican con la divergencia de intereses entre sectores avanzados y sectores atrasados del capital respecto a la naturaleza de la crisis. Los sectores avanzados del capital son aquellos que, por las técnicas de producción utilizadas y por el tipo de mercancías producidas, tienden a robustecerse por medio de reducciones de la tasa de explotación global. Éstos son los sectores de alta productividad (y que, por lo tanto, pueden más fácilmente reabsorber aumentos en el precio de la fuerza de trabajo), que producen mercancías (bienes de consumo o medios de producción), cuya demanda aumenta más rápidamente con el aumento de salarios: su peso y fuerza relativa en el capital se acrecientan si la caída de la tasa de ganancia se debe a una tasa de explotación baja. Por otra parte. Los sectores atrasados, al caracterizarse por bajos niveles de productividad y por la producción de mercancías cuya demanda está influida negativamente por una distribución del producto social más favorable a la clase obrera, se robustecen en el seno del capital si la caída de la tasa de ganancia se debe a una tasa de

explotación baja.

Cuando se acentúa la caída de la tasa de beneficio, debido a las crecientes dificultades que encuentra el capital para aumentar la tasa de explotación, para los sectores atrasados del capital la cuestión ya no es la de un debilitamiento relativo, sino una cuestión de supervivencia: así, por un lado, tiende a agudizarse la lucha por el control sobre el aparato estatal, y, por otro, a firmarse el interés hacia un agravamiento de la crisis, para que cambie su naturaleza.

El resultado de la lucha por el poder entre las dos facciones de la burguesía depende en última instancia de las fuerzas sociales (proletariado y estratos intermedios) que cada una de ellas logre movilizar, bajo su propia hegemonía, en la lucha política. Con el fin de conquistar para su propia causa la mayor alineación posible de fuerzas sociales, las diversas facciones del capital articulan sus propias líneas, ideologizándolas para adaptarlas a las varias realidades concretas de estructura de clase y de ideología en las cuales se libran la batalla.

Por lo que respecta a los estratos intermedios, los sectores atrasados del capital tenderán a imponer su hegemonía sobre aquellos estratos que directa o indirectamente se vean más afectados por el robustecimiento estructural de la clase obrera. Se incluyen en esta categoría no sólo los pequeños y medios empresarios que se benefician en la medida en que no se vean afectados por el aumento de los salarios obreros a causa de los elevados niveles de productividad de sus empresas o del tipo de mercancía producida, o bien de las reestructuraciones a nivel social favorecidas por la caída de la tasa de beneficio; tecnócratas y dirigentes intermedios que sacan ventaja de la “nueva profesionalidad” que se desarrolla a base de la destrucción de la profesionalidad obrera; o de la organización del Estado sobre bases nacionales; o, finalmente, de la extensión al plano social de los procesos de reestructuración capitalista.

Pero la cuestión crucial, no sólo para cada facción del capital, sino para el capital en su conjunto, es conquistar la hegemonía sobre la clase obrera. La posibilidad de movilizar políticamente a la clase obrera bajo la propia hegemonía es particularmente importante para los sectores avanzados del capital, dada la tendencia naturalmente conservadora del estrato medio: en efecto, el apoyo político de la clase obrera a los sectores avanzados generalmente determinante para su éxito en la lucha por el poder contra los sectores atrasados. Por eso, a pesar de la flexibilidad de su línea respecto a sus reivindicaciones de unas condiciones de explotación “más humanas”, los sectores avanzados del capital resultan luego ser igualmente represivos, si no más, que los sectores atrasados del capital

respecto a toda tentativa de los estratos consistentes de la clase obrera de escapar a la hegemonía burguesa.

La hegemonía política de los sectores avanzados del capital es más débil sobre el ejército obrero de reserva (desocupados más o menos crónicos, proletariado temporero o en ocupación precaria, clase obrera ocupada en sectores de productividad más baja, etcétera) que sobre el ejército activo del proletariado. Para el primer estrato, la línea del capital avanzado, centrada en torno a la concesión de condiciones de explotación “mas humanas” resulta un tanto abstracta, al ser su reivindicación de fondo la relativamente “primitiva” del derecho al trabajo (es decir, a la explotación).ese estrato, al que la sociedad capitalista niega el derecho más elemental —el derecho a la subsistencia—, es naturalmente el más disponible para la subversión del sistema. Sin embargo, en la medida en que el ejército activo del proletariado, en el que se concentra fuerza y capacidad de dirección de la clase obrera, permanece bajo la hegemonía de los sectores avanzados del capital, y no de una dirección revolucionaria de los brotes de rebeldía que se dan en el ejército de reserva, tales brotes vuelven a afluir, y sectores consistentes del ejército de reserva tienden a caer bajo la hegemonía de los sectores atrasados del capital.

Es cierto que la línea de los sectores avanzados del capital, al reivindicar una política económico-social expansiva y de descentralización de la producción hacia los puntos de menor fuerza del proletariado, tienen mayores potencialidades que la línea de los sectores atrasados de satisfacer la reivindicación de una mayor y menor precaria ocupación. Pero es igualmente cierto que la precariedad de la existencia de los proletarios “de reserva” les hace preferir el huevo hoy a la gallina mañana, y hoy, al ejército de reserva, el “huevo” se lo ofrecen los sectores atrasados del capital, al reivindicar la protección de la competencia de las industrias de baja productividad (en las que encuentra ocupación el ejército de reserva), la defensa del consumo improductivo (del que, con frecuencia, el ejército de reserva extrae su subsistencia) y una política antinflacionista (que, en ausencia de la fuerza contractual que permite defenderse al ejército activo del aumento de los precios obteniendo aumentos salariales, puede parecer el ejército de reserva la única defensa de sus débiles réditos del aumento del costo de la vida).

Si los sectores atrasados del capital consiguen llevar bajo su hegemonía a estratos consistentes del ejército de reserva, lograrán un doble efecto: por un lado, dividir políticamente al proletariado, para que la división tienda a repercutir negativamente sobre la fuerza de la clase obrera en su lucha por defenderse de la explotación; por otro lado, robustecerse políticamente respecto a los sectores avanzados del capital, para tener

mayores posibilidades de imponer su propia línea sobre el uso del aparato estatal. Ambos afectos tienden, al menos temporalmente, a fortalecerlos estructuralmente respecto a los sectores avanzados del capital y, por consiguiente, a consolidar su robustecimiento político.

No sólo los estratos consistentes del ejército de reserva, sino también los estratos consistentes del ejército activo de la clase obrera, pueden escapar a la hegemonía de los sectores avanzados del capital. Esto es posible porque la “flexibilidad” política de los sectores avanzados del capital respecto a las reivindicaciones de la clase obrera, que es el eje de su hegemonía sobre el ejército activo del proletariado, no es absoluta, sino limitada bajo dos aspectos.

Está limitada sobre todo por aquellos niveles “mínimos” de plusvalía necesarios al capital en su conjunto para su propia reproducción a escala ampliada. Es el propio capital avanzado el que intenta imponer continuamente estos niveles de plusvalía a través del aumento de los precios. Este continuo ataque a las condiciones de vida de la clase obrera, la empuja constantemente a la lucha en el plano económico contra su “aliado” en la lucha política y le quita toda ilusión de que los salarios obreros puedan defenderse por otro medio (la competencia entre capitalistas, por ejemplo) que no sea la propia lucha de clase obrera. Pero la inflación hace más: hace que la clase obrera tome conciencia del carácter cada vez más social de la producción y del hecho de que el problema de fondo, incluso para simple defensa de sus propias condiciones de vida, no es tanto el de la contratación del precio de la fuerza de trabajo como el del control obrero sobre la producción social para transformarla de producción de plusvalía en producción para la satisfacción de las necesidades sociales. Tal vez por esto, el economista Jacques Rueff observa en un reciente ensayo contra la inflación (“Combats pour l’ordre financier”) que ésta “hace de la reivindicación el instrumento necesario de la salvaguarda del nivel de vida y que, mucho más que la enseñanza marxista, genera la lucha de clases y mina la moral de la nación”.

Pero los sectores avanzados del capital no solo usan la inflación para reducir las concesiones que la creciente fuerza estructural de la clase obrera les arranca en los lugares de producción: a medida que esta fuerza aumenta, las exigencias de la lucha política contra los sectores atrasados del capital los empuja a abandonar su política “flexible” respecto a las reivindicaciones de la clase obrera de condiciones de explotación “más humanas”. En efecto, como hemos visto, cuanto mayor es la capacidad de resistencia de la clase obrera al aumento de la tasa de explotación, más fuerte es la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Por un lado, robustecimiento de esta tendencia, a su vez, radicaliza el

enfrentamiento entre sectores avanzados y atrasados del capital y, por otro, reduce las filas de los primeros y engrosa la de los segundos, en cuanto que es mayor el número de empresas capitalistas cuya supervivencia se ve amenazada por la disminución de los márgenes de ganancia. Por consiguiente, desde el punto de vista de su lucha por el poder político contra los sectores atrasados del capital, los sectores avanzados del capital tienen una tendencia a mantener la conflictividad obrera dentro de límites que son mucho más restringidos que los fijados por las exigencias de la acumulación capitalista desde un punto de vista estrictamente económico.

Ante la amenaza de la conflictividad obrera salga de estos límites y se robustecen políticamente los sectores atrasados del capital, los sectores avanzados tienden, por un lado, a acentuar a todos los niveles (económico, social, político-institucional) el impulso a la reestructuración productiva, para volver a crear los márgenes de beneficio de modo que los fortalezcan y no los debiliten y, por otro, a añadir a su línea sindical “flexible” una línea dura y fuertemente represiva respecto a los brotes de lucha obrera que ponen en peligro su fuerza política.

La autonomía que la clase obrera adquiere su creciente fuerza a nivel de estructura entra de ese modo en contradicción cada vez más aguda con la hegemonía que los sectores avanzados del capital ejercen sobre la clase obrera a nivel político.

IDEOLOGÍA DE LA CRISIS Y CRISIS DE LA IDEOLOGÍA

Ha llegado el momento de acopiar los hilos del discurso. Se trata de volver sobre las interpretaciones burguesas de las que partimos y mostrar su carácter ideológico (no científico, sino partidista), explicando la crítica contenida en nuestro análisis.

Todo nuestro análisis de la nueva crisis general se rige por la hipótesis de que la actual fase del desarrollo capitalista se caracteriza por un desplazamiento de las relaciones de fuerza entre trabajo y capital a favor del primero, que no es de naturaleza coyuntural, sino estructural y, por tanto, permanente. Este robustecimiento es un producto del desarrollo capitalista, de los procesos de concentración, división y mecanización del trabajo sobre los que se rige la acumulación del capital.

Esta es una tendencia permanente e ineliminable del desarrollo capitalista. No obstante, los procesos de concentración, división y mecanización del trabajo generan también una tendencia, igualmente ineliminable y permanente, al progresivo debilitamiento del trabajo respecto al capital.

¿Cómo es posible que un mismo fenómeno (del desarrollo capitalista) genere dos tendencias de signo opuesto? Y si las dos tendencias son el resultado del mismo proceso, ¿cómo es que predomina una sobre otra en un momento determinado? El hecho es que el robustecimiento y debilitamiento del trabajo respecto al capital tocan dos aspectos diferentes de la relación entre patrones y obreros; se manifiestan en esferas diferentes.

El debilitamiento alcanza al trabajador en cuanto propietario de la fuerza de trabajo, que pone a disposición del capitalista, a cambio de los medios de consumo necesarios para su reproducción; concierne, pues, a las relaciones entre trabajo y capital cuando intercambian entre sí fuerza de trabajo y medios de consumo “en el mercado”. Desde este punto de vista, los procesos de concentración, división y mecanización del trabajo al poner fuera de lugar el empleo independiente de la fuerza de trabajo (es decir, fuera de la relación de trabajo asalariado), generando constantemente desempleo y subempleo y, por último, reduciendo la acción de la competencia entre los capitalistas, provocan un progresivo debilitamiento del trabajo respecto al capital. El trabajo sólo puede defenderse de este progresivo debilitamiento en el mercado organizándose sindicalmente, limitando la competencia en su interior; esto es, entre los vendedores de fuerza de trabajo en el mercado.

En cambio, el fortalecimiento del trabajo respecto al capital concierne al trabajo en cuanto fuerza productiva, en cuanto productor de la riqueza social; concierne, pues, a las relaciones entre trabajo y capital cuando se enfrentan “en la fábrica”, uno como productor de plusvalía y otro como apropiador de plusvalía. Desde este punto de vista, los procesos de concentración, división y mecanización del trabajo, al configurar al proletariado de masas cada vez más grandes, igualando cada vez más grandes, igualando cada vez más sus condiciones internas de existencia, a medida que se eliminan las diferencias de contenido profesional e intelectual de los diversos trabajos, haciendo cada vez más venerable el capital a las interrupciones del proceso productivo, provocan un progresivo robustecimiento del trabajo respecto al capital.

En el pasado, la posición de debilidad del trabajo y capital en la fábrica. Con el rápido desarrollo de las fuerzas productivas durante la segunda guerra mundial y sobre todo en los veinte años siguientes, hubo tal desplazamiento en las relaciones de fuerza “en la fábrica” a favor del trabajo, que tal condicionamiento se invirtió; las relaciones de fuerza en la fábrica tienden a adquirir mayor autonomía respecto a las condiciones de mercado. Por ejemplo, mientras que en el pasado el desempleo tendía a provocar fuertes aumentos en la tasa de explotación global y, por tanto, a provocar crisis de sobreproducción con posteriores aumentos del desempleo, en la fase actual la mayor capacidad de resistencia a

la intensificación de la explotación en la fábrica, incluso con niveles relativamente altos de desempleo, atenúa la tendencia a la sobreproducción y, consecuentemente, al posterior aumento del desempleo.

Así, pues, la nueva crisis general marca la transición de una fase del desarrollo capitalista, en la que la subordinación del trabajo al capital era el aspecto principal, a una fase en la que el aspecto principal es una creciente insubordinación del trabajo al capital.

Ya hemos visto cómo esta inversión, que vuelve a poner la realidad de pie y cabeza arriba (con las relaciones de producción que determinan las relaciones de intercambio), también provoca una inversión en las relaciones entre capitalistas: se acentúa la tendencia a la descentralización productiva hacia puntos de menor fuerza de la clase obrera y se agudiza la competencia y la lucha por el poder político entre las varias facciones del capital.

Veamos ahora cómo al poner de pie y cabeza arriba a la realidad el capital derriba a todos sus ideólogos, ya sean conservadores o progresistas.

Al analizar la crisis, la derecha del bloque dominante sólo capta un elemento de verdad: que la crisis actual no se debe principalmente a una desproporción entre producción y consumo, sino a la mayor resistencia de la clase obrera a la intensificación de la explotación.

Al ser expresión de los estratos del capital, que a causa de su atraso son los más inmediata y directamente afectados por la conflictividad obrera, es natural que la derecha vea en esa conflictividad la razón de la crisis.

Pero precisamente por su posición de ideólogos de los estratos atrasados, sólo ven las manifestaciones exteriores de la conflictividad obrera, y no ven sus causas reales. En las situaciones atrasadas, la fuerza estructural de la clase obrera está poco desarrollada y la conflictividad que se desarrolla es en gran parte reflejo de la fuerza de la clase obrera en sus puntos más avanzados. La conflictividad obrera se trasmite sustancialmente de los puntos avanzados a los puntos atrasados del capital de dos maneras: a través de la mejora general que, como recordamos hace poco, provoca en las condiciones del mercado de trabajo la mayor capacidad de resistencia a la intensificación de la explotación; en segundo lugar, a través de la acción del sindicato, que de algún modo funciona de correa de transmisión de los brotes de lucha de los puntos de mayor fuerza a los puntos de menor fuerza de la clase obrera. Por tanto, los sectores atrasados del capital consideran que la causa de la conflictividad obrera reside en las condiciones de mercado “demasiado” favorables al trabajo (es decir, en el relativo “pleno” empleo) y/o en el sindicato. De ahí la

receta para resolver la crisis: aumentar el desempleo y debilitar el sindicato.

Pero al fundarse sobre las apariencias, es decir, sobre cómo aparecen las cosas a los sectores atrasados del capital, esta diagnosis (y la prognosis) es pura ideología y, además, ideología reaccionaria de los estratos que quieren volver hacia atrás el proceso histórico que ya los han condenado. Al aumentar el desempleo y debilitar al sindicato, el capital sólo puede empeorar su crisis. Dado que la causa de la conflictividad es principalmente la fuerza de la clase obrera en la producción, y no su fuerza en el mercado, un aumento del desempleo y un debilitamiento del sindicato (la organización de los obreros en cuanto vendedores de fuerza de trabajo, y no en cuanto productores) sólo tendría el efecto de atenuar la conflictividad en los puntos avanzados. Al contrario, en los puntos avanzados la conflictividad podría aumentar, porque el sindicato, en este caso, tiende a desempeñar un papel muy distinto: tal como señalaremos más adelante, tiende a ser un instrumento de control del capital sobre la conflictividad obrera.

Una atenuación de la conflictividad obrera en los puntos más atrasados del capital y su posible acentuación en los puntos más avanzados, sólo puede empeorar la crisis. Por dos razones: ante todo, porque, al comprimir el consumo obrero, acentuaría la tendencia a la sobreproducción, agravando la crisis de los puntos avanzados del capital, que se verían obligados, además de a enfrentarse con una conflictividad obrera de igual o mayor intensidad, a reducir la utilización de las instalaciones. En segundo lugar, y esto es más importante desde el punto de vista del periodo medio y largo, porque una atenuación de la conflictividad obrera en los puntos más atrasados del capital eliminaría gran parte del efecto de nacionalización que las luchas obreras tienen sobre la estructura productiva. En una época en la que se agudiza la competencia en el mercado mundial, la fallida racionalización de las estructuras productivas de una burguesía nacional no puede sino debilitarla y agravar su crisis en los periodos medio y largo.

La izquierda del bloque dominante, al ser expresión de los estratos más avanzados del capital, capta los elementos de verdad que están ausentes en la interpretación de la derecha. La conflictividad obrera no es factor de crisis por sí misma, porque, al favorecer la expansión del consumo obrero, permite una realización más ágil de plusvalía, y porque al racionalizar la estructura productiva nacional, la vitaliza y consolida en el área de los países de capitalismo avanzado.

No obstante, la conflictividad obrera es factor de crisis en ambos casos. Ante todo, si una vez creadas las condiciones favorables para la realización de plusvalía, dificulta su producción (si no permite al capital, una vez concedidas mejoras salariales y normativas,

reproducir los márgenes de beneficio a través de la explotación en la fábrica). En segundo lugar, la conflictividad obrera es factor de la crisis si determinados factores suyos de breve periodo (la reducción de la demanda de mercancías por parte de los sectores más afectados por la conflictividad obrera) no se ven compensados por la acción del Estado (expansión del gasto público).

A los sectores avanzados del capital, una política de “pleno” empleo a través de la expansión del gasto público y un sindicato “fuerte” no les parece factor de crisis, sino posibles factores de superación de la crisis. Según la interpretación de la izquierda del bloque dominante, un sindicato “fuerte” es factor de superación de la crisis si se limita precisamente a ser un sindicato, o sea, la organización de los obreros en cuanto vendedores de fuerza de trabajo, el instrumento de contratación de las condiciones de la explotación. El sindicato, como toda organización comercial que se precie, debería limitarse a contratar el precio de la mercancía que vende (la fuerza de trabajo). No debe discutir el uso que el adquisidor (el capitalista) hace de la mercancía y, con el contrato contraído, pretender un precio más alto porque se da cuenta de que se adquiere la mercancía para sacar beneficio de ella. Al contrario, el deber del sindicato es garantizar al “cliente” las prestaciones de la mercancía vendida, que se establecieron en el momento de la firma del contrato. Un sindicato que cumple estas normas elementales de la sociedad capitalista les irá muy bien a los sectores avanzados del capital. Cuanto más fuerte sea, mejor será, porque serán mayores las garantías de que la mercancía adquirida responde a las características establecidas. En otras palabras, mayores serán las garantías ofrecidas por el sindicato de que la conflictividad obrera no obstaculizará la producción de plusvalía (que es el fin para el que el capital adquiere la fuerza de trabajo). De ahí la receta para resolver la crisis: aumentar el gasto público y robustecer el sindicato (en una línea muy precisa).

Pero, al fundarse sobre cómo se le presentan las cosas a los sectores avanzados del capital, una diagnosis (y prognosis) también es pura ideología. Estos ideólogos del capital toman nota del hecho de que, en el grado actual de desarrollo de las fuerzas productivas, la clase obrera ha alcanzado una fuerza de contratación de sus propias condiciones de explotación mucho mayor que en el pasado y, por otra parte, que esta mayor fuerza de contratación no es de por sí incompatible con la continuada existencia del capital. Más bien lo revitaliza en cierto sentido. Sin embargo, no se dan cuenta del real desplazamiento de las relaciones de fuerza entre trabajo y capital y sobre todo del hecho de que lo que se invierte es la relación misma entre relaciones de producción y relaciones de intercambio.

Veamos en primer lugar las contradicciones del papel que los sectores avanzados del

capital asignan al gasto público en la regulación del ciclo. El aumento del gasto público para contrarrestar la reducción de la demanda de mercancías por parte de los sectores del capital más afectados por la conflictividad obrera, genera una fuerte tendencia al aumento de precios, que tiende a anular parcialmente los aumentos salariales concedidos a los obreros. Como los obreros nunca han sido tan entupidos como para vender su fuerza de trabajo por números (números estampados en billetes de banco), en vez de pedir valores reales, se sentirán engañados por el capital y reivindicarán nuevos aumentos salariales para compensar el mayor costo de subsistencia. Dadas las relaciones de fuerza entre trabajo y capital en la actual fase del desarrollo capitalista, los obreros conseguirán esos nuevos aumentos salariales, lográndolos sobre todo en los puntos más avanzados del capital, donde su fuerza es mayor. Tiende así a iniciarse un proceso inflacionista que, como ya hemos señalado, amenaza con agravar la enfermedad que se trata de curar (la conflictividad obrera en la fábrica). Además de esto en la actual fase en la que se agudiza la competencia internacional, la inflación tiende a debilitar la competitividad de aquellas burguesías nacionales que hacen mayor uso de ella.

El papel que la ideología de la izquierda del bloque dominante atribuye al sindicalismo, también está minado por una contradicción de fondo. Como ya hemos repetido varias veces, el robustecimiento estructural de la clase obrera que caracteriza la actual fase del desarrollo capitalista no representa un simple cambio cuantitativo. La clase obrera se robustece respecto al capital en la producción, se robustece en cuanto clase productiva. Con el desarrollo de su fuerza en la producción y de la conciencia de dicha fuerza, los obreros no sólo reivindicar un precio más alto por su fuerza de trabajo, sino también un mayor control sobre el uso que el capital hace de ella tras adquirirla e insertarla en el proceso productivo. El papel del sindicato como organización externa a la fábrica, que se limita a contratar el precio de la fuerza de trabajo, garantizando la libertad del adquirente de hacer uso de ella como crea conveniente, entra en contradicción cada vez más aguda con esta reivindicación obrera.

Por consiguiente, las ideologías tradicionales del bloque dominante no ofrecen al capital indicaciones válidas sobre cómo salir de su crisis. Eso no significa que el capital tenga los días contados; significa simplemente que se ve empujado a buscar nuevas ideologías, ajenas momentáneamente al bloque dominante, que sean más ricas de indicaciones prácticas. El análisis que hace el PCI de la crisis es la ideología que corresponde a esta característica; está en condiciones de dar nueva vitalidad al capital y de permitirle salir, aunque sea temporal y parcialmente, de la crisis.

Contrariamente a los ideólogos del bloque dominante, los ideólogos del PCI dan implícitamente, en su interpretación de la crisis, una evaluación correcta tanto de las relaciones de fuerza entre trabajo y capital en la fase actual del desarrollo capitalista, como del creciente condicionamiento de las relaciones de intercambio por parte de las relaciones de producción.

Despojada de su revestimiento ideológico, la esencia del discurso del PCI sobre la crisis se reduce a esto: la crisis nace de la imposibilidad de la burguesía de destruir la nueva fuerza estructural de la clase obrera (como quisiera la derecha del bloque dominante) o de rodearla con la inflación (como quisiera la izquierda del bloque dominante); el único modo con el que el capital puede salir de la crisis es adaptarse a las nuevas relaciones de fuerza, usando el aparato estatal no para obstaculizar (como quisiera la derecha) ni para mitigar (como quisiera la izquierda), sino para favorecer y acelerar la nacionalización de sus estructuras productivas y sociales hacia las que está presionando la acumulación misma.

Éste es el significado del hincapié que el PCI hace sobre los fenómenos de “parasitismo”. Por encima de mistificaciones (por ejemplo, de la tesis según la cual el desarrollo del “parasitismo” y la maniobra especulativo-financiera son el aspecto principal del desarrollo capitalista en esta fase); el discurso sobre el parasitismo pretende simplemente aclarar el hecho real de que sin un ataque duro al consumo improductivo que se desarrolló en la fase precedente, el capital no puede reproducir los márgenes de beneficio que se comprimen cada vez más por la fuerza estructural de la clase obrera.

Particularmente, la tentativa del capital de resolver sus problemas de naturaleza coyuntural a través de la expansión del gasto público termina agravando sus problemas de naturaleza estructural (conflictividad obrera en las fábricas), si ese gasto no se destina a profundas transformaciones estructurales; es decir, a la reducción del consumo improductivo. Además de a la actividad legislativa y planificadora del Estado, el gasto público debe dirigirse a acelerar al máximo la racionalización de la producción de los bienes-salario fundamentales (agricultura, hogar, escuela, sanidad, etcétera) y la descentralización productiva en los puntos de menor fuerza de la clase obrera (el sur y áreas subdesarrolladas), sin compromisos ni titubeos ante los intereses sectoriales o locales que se vean afectados por ello. De ese modo, en vez de alimentar la inflación y con ella la conflictividad obrera en sus puntos de mayor fuerza, el gasto público tenderá a contener el aumento de precios de los bienes-salario y a echar agua al fuego de la conflictividad obrera.

Si el sindicato debe seguir funcionando como mediador entre las exigencias de la clase

obrera y las exigencias del capital, su papel volverá a definirse teniendo en cuenta las características de la nueva fase del desarrollo capitalista. La contratación debe extenderse a todos los aspectos de la relación de intercambio entre trabajo y capital, y al mismo tiempo no puede limitarse a esta relación, sino que debe adentrarse en los meandros del proceso productivo, donde se hace más agudo el choque entre trabajo y capital.

En primer lugar, esto significa que si el sindicato debe garantizar el respeto al contrato por parte de la clase obrera, no puede limitarse a contratar el precio nominal de la fuerza de trabajo, sino que también debe contratar los precios de los bienes-salario (esto es, el proceso de reestructuración de los sectores que los produce), no con los capitalistas particulares, sino con el Estado. En segundo lugar, la contratación debe adentrarse en los meandros del proceso productivo: la reivindicación de la clase obrera, fundada sobre la mayor fuerza en la producción, de un control sobre el uso que el capital hace de la fuerza de trabajo en la fábrica, no puede serle negada sino de manera parcial y temporal. Si quiere salir de su crisis, el capital debe aceptar un compromiso con esta reivindicación para someter su carácter destructor y subordinarla a las crecientes exigencias de programación de la gran industria moderna.

Sin embargo, el análisis del PCI no capta ni las contradicciones de su propuesta reformista ni el hecho de que estas contradicciones son más agudas en la medida en que el capital se apropia la propuesta y ésta da nuevo lugar a una acumulación a escala ampliada.

En primer lugar, la agudización de la competencia bajo el empuje de la caída de la tasa de ganancia restringe los márgenes de que el capital dispone para hacer concesiones a la clase obrera que sean proporcionales a la nueva fuerza estructural de esta última. Indudablemente, el capital se ve obligado a reabsorber en el beneficio los consumos improductivos que ha desarrollado en otra época: pero la competencia empuja al capital a usar esa parte de plusvalía reabsorbida en el beneficio, para nuevas reestructuraciones que refuercen posteriormente su propia competitividad.

En segundo lugar, en la medida en que el capital trata de salir de esta contracción (entre la necesidad de hacer concesiones a la clase obrera y reducir los márgenes para esas concesiones) impulsando más a fondo la reestructuración a nivel social para reabsorber una parte mayor de los consumos improductivos dentro del beneficio, cae en una contradicción mucho más grave. En efecto, tiende a perder la base social de su poder político que se construye precisamente a través del desarrollo del consumo improductivo.

Naturalmente, la “nueva izquierda” burguesa indica al capital una nueva base social en aquellos estratos de la clase media y la clase obrera que sacan provecho de la

reestructuración en la fábrica y en la sociedad. El desarrollo de esta nueva base social del poder político burgués está vinculado en gran parte al desarrollo de una “nueva profesionalidad” tanto del trabajo asalariado como del trabajo independiente.

Pero esta nueva base social que el reformismo avanzado propone al capital es muy precaria en la fase actual del desarrollo capitalista. Es muy precaria, porque la nueva profesionalidad real que nace de la destrucción de la vieja profesionalidad y, en general, de la expropiación de los contenidos intelectuales del trabajo de los estratos inferiores de la clase obrera es extraordinariamente limitada.

Por otra parte, toda tentativa por parte del capital de ampliar “artificialmente” el área de la nueva profesionalidad a través de calificaciones inconsistentes, pagas de puesto, diferencia de salario, de la normativa, de la intensidad del trabajo, etcétera, se estrella constantemente contra las aspiraciones unitarias e igualitarias que se generan espontáneamente en los estratos obreros y desempleados menos calificados. Éstos son los que se concentra la mayor fuerza estructural que la acumulación desarrolla en la clase obrera en esta fase. Al imponer a las luchas objetivos unitarios e igualitarios, su fuerza quita lugar a las maniobras patronales de división de la clase obrera y revela así el carácter artificial de gran parte de la nueva profesionalidad.

De ese modo, también se revela el carácter parcial y unilateral (y, por tanto, ideológico) de los análisis y las propuestas políticas del PCI.

[Tomado de *Zona Abierta*, n. 5, Madrid, 1976. Traducción de Benito Gómez.]